

## Sueños de justicia social multiespecie: aportes para una psicología ambiental crítica\*

### *Multispecies Social Justice Dreams: Contributions to a Critical Environmental Psychology*

Laís Pinto de Carvalho  
Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile

Elisa Tironi Rodó  
Investigadora independiente, Villarrica, Chile

Marina Araya Vera  
Universitat de Barcelona, Barcelona

Esteban Silva Peñaloza  
Universidad Andres Bello, Viña del Mar, Chile

#### Resumen

Este artículo propone entramar una psicología ambiental crítica, situada y multiespecie que reconozca los saberes encarnados, territoriales y relacionales como fundamentos éticos y epistémicos. Se problematiza la tradición hegemónica de la disciplina por su enfoque positivista, antropocéntrico, apolítico y pretendidamente neutral, abriendo paso a una psicología comprometida con la justicia social y territorial. A través de conceptos como cuerpo-territorio y pluriverso, aquí se propone una ética del habitar que reconoce la interdependencia entre seres humanos y más-que-humanos. El texto se entrama en torno a tres dimensiones: habitar-me (el cuerpo como primer territorio), habitar-nos (entramados relacionales e interseccionales) y co-habitar (una ética multiespecie de cuidado). Desde esta tríada, se articula un horizonte especulativo para imaginar futuros más justos, afectivos y sostenibles, donde la psicología ambiental opere como un co-laboratorio transdisciplinar en diálogo con saberes ancestrales, prácticas de resistencia y otras formas de vida. La justicia social multiespecie se presenta así como una brújula ética para repensar el campo de la psicología ambiental desde los márgenes.

*Palabras clave:* psicología ambiental; justicia social; pluriversos; cuerpo-territorio; multiespecie; humanidades ambientales.

---

Laís Pinto de Carvalho, Escuela de Psicología, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile. Elisa Tironi Rodó, Investigadora independiente, Villarrica, Chile. Marina Araya Vera, Sección Departamental de Psicología Social, Facultad de Psicología, Universitat de Barcelona (UB), Barcelona, España. Esteban Silva Peñaloza, Escuela de Psicología, Facultad de Educación y Ciencias Sociales, Universidad Andres Bello, Viña del Mar, Chile.

La correspondencia en relación con este artículo se dirige a Laís Pinto de Carvalho, Escuela de Psicología, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile. Correo electrónico: [lais.pinto@uv.cl](mailto:lais.pinto@uv.cl)

\* Las personas autoras integran Entramar Laboratorio de Psicología Ambiental Crítica y Habitares Multiespecie, espacio de investigación sobre perspectivas críticas, situadas y más-que-humanas para pensar los vínculos entre subjetividad, territorio y habitar.

### Abstract

This article proposes a critical, situated and multi-species environmental psychology that recognises embodied, territorial and relational knowledge as ethical and epistemic foundations. The hegemonic tradition of the discipline is problematised for its positivist, anthropocentric, apolitical and supposedly neutral approach, making way for a psychology committed to social and territorial justice. Through concepts such as body-territory and pluriverse, we propose an ethics of inhabiting that recognises the interdependence between human beings and more-than-humans. The text is structured around three dimensions: inhabiting-me (the body as the first territory), inhabiting-us (relational and intersectional frameworks) and co-inhabiting (a multi-species ethic of care). From this triad, a speculative horizon is articulated to imagine more just, affective and sustainable futures, where environmental psychology operates as a transdisciplinary co-laboratory in dialogue with ancestral knowledge, practices of resistance and other forms of life. Multispecies social justice is an ethical compass for rethinking the field of environmental psychology from the margins.

*Keywords:* Environmental psychology; social justice; pluriverses; body-territory; multispecies; environmental humanities.

La psicología ambiental se ha consolidado históricamente como un campo orientado a comprender las relaciones entre las personas y el espacio sociofísico. Su desarrollo disciplinar ha estado marcado, en gran medida, por tradiciones académicas del norte global, particularmente de Estados Unidos y Europa, que han privilegiado enfoques positivistas, individualistas y antropocéntricos. Estas aproximaciones han tendido a concebir el ambiente como un telón de fondo neutro o como un conjunto de estímulos externos que influyen en la conducta humana, relegando a un segundo plano las relaciones de poder, los conflictos territoriales, las desigualdades estructurales y las múltiples formas de vida que cohabitan los espacios.

En los últimos años, diversas perspectivas críticas han cuestionado de manera creciente estos supuestos fundacionales de la psicología ambiental. Kühn y Bobeth (2022) describen la tendencia de la psicología ambiental en priorizar factores individuales y conductas aisladas, así como actitudes y decisiones racionales y conscientes, ignorando factores estructurales como la desigualdad y el poder. Mattos (2021) indica que “la psicología ambiental parece repetir los síntomas de la miseria de la psicología” al reproducir lógicas de la centralidad del capitalismo, poniendo el foco en el cambio del comportamiento individual sin cuestionar la estructura social desigual y ambientalmente destructiva. Diniz (2021) argumenta por una necesaria visibilización de las ausencias en la psicología ambiental, reivindicando demandas populares y desde abajo, que buscan subvertir el orden dominante por un proyecto disciplinar por la justicia social. Mardones y Berroeta (2024) refuerzan la necesidad de un ejercicio reflexivo que reconozca las particularidades locales y promueva un quehacer ético-político comprometido con las condiciones sociohistóricas de la región latinoamericana.

La crítica a la psicología ambiental también ha discutido su enfoque epistemológico y metodológico que, siendo predominantemente positivista y cuantitativo, ha influido de forma negativa en la manera de entender la relación entre las personas y su entorno (Ratcliffe et al., 2024). Se tiende a dejar de lado el estudio de comunidades poco representadas (tales como niñeces, neurodivergencias, diversidades, disidencias sexo-genéricas y étnico- raciales, además de colectivos del sur global) y de experiencias difíciles de cuantificar (por ejemplo, procesos transformativos vinculados al lugar, dinámicas espaciales de poder

o conflictos territoriales). En esa línea, Ratcliffe et al. (2024) sostienen que privilegiar la investigación cuantitativa o conductista conlleva el riesgo de imponer las perspectivas de quienes investigan y de subestimar la dimensión situada de las experiencias expresadas por las propias comunidades.

Este debate pone de manifiesto una insatisfacción entre profesionales en psicología ambiental (e.g. Di Masso & Carmona, 2022; Di Masso & Castrechini, 2012; Diniz, 2021; Kühn & Bobeth, 2022; Lloyd & Gifford, 2024; Manzo & Pinto de Carvalho, 2020; Mattos et al., 2021; Pinto de Carvalho, Berroeta et al., 2025; Pinto de Carvalho, Palomo-Vélez et al., 2025; Raymond et al., 2021) que expresan cuestionamientos dirigidos a los enfoques conceptuales, teóricos y metodológicos que predominan en la psicología ambiental, planteando la necesidad de construir una agenda más situada, crítica y diversa. Desde estas miradas, la psicología ambiental aparece tensionada por la necesidad de revisar sus objetos de estudio, sus modos de conocer, sus categorías analíticas y su pretendida neutralidad.

Estas críticas se articulan con un debate más amplio en las ciencias sociales y humanas que cuestiona el antropocentrismo moderno y la separación ontológica entre naturaleza y cultura, sujeto y objeto, cuerpo y territorio. En este marco, distintas corrientes, como las epistemologías del sur, los feminismos comunitarios y decoloniales, las geografías críticas y los estudios de las humanidades ambientales, han propuesto comprender el ambiente como un entramado relacional, en el que humanos y más-que-humanos participan de manera co-constitutiva. Desde esta perspectiva, la injusticia social no puede pensarse separada de la injusticia ambiental ni de la injusticia especista, lo que abre la necesidad de una psicología ambiental comprometida con horizontes de justicia social multiespecie.

Este artículo se inscribe en ese campo de tensiones y apuestas transformadoras. Su objetivo es proponer una relectura crítica de la psicología ambiental a partir de una perspectiva situada, decolonial y multiespecie que reconozca los saberes encarnados, territoriales y relacionales como fundamentos éticos y epistémicos. Se trata de un artículo teórico, basado en una reflexión crítica e integrada de debates contemporáneos en psicología ambiental.

Se parte de los siguientes cuestionamientos: ¿qué formas de habitar quedan fuera cuando la psicología ambiental se construye desde marcos antropocéntricos, universalistas y despolitizados? ¿Qué saberes emergen cuando se escucha no solo a otros humanos sino también a otros seres que sienten, perciben y cohabitan desde lógicas no-humanas? ¿Cómo imaginar y practicar una psicología ambiental que habite los vínculos entre personas y entornos de manera ética, relacional, situada? Estas preguntas orientan el desarrollo del artículo y funcionan como hilo conductor de la propuesta que aquí se presenta.

A partir de estas interrogantes, se propone un desplazamiento conceptual y epistemológico que se articula en torno a tres dimensiones del habitar: habitar-me, entendiendo el cuerpo como primer territorio; habitar-nos, como entramado relacional, interseccional y político; y co-habitar, como una ética multiespecie de cuidado y de interdependencia compartida. Estas dimensiones se presentan como ejes analíticos que permiten tensionar la noción clásica de ambiente y abrir la psicología ambiental a otros modos de conocer, investigar e intervenir.

El artículo se organiza en cinco secciones. En primer lugar, se dialoga críticamente con los modos de conocer que han estructurado históricamente la psicología ambiental, enfatizando sus límites epistemológicos y políticos. En segundo lugar, se propone un desplazamiento desde la noción de ambiente sociofísico hacia una comprensión de interdependencia compartida y pluriversal. En tercer lugar, se desarrollan las tres dimensiones del habitar: habitar-me, habitar-nos y co-habitar, incorporando aportes de los feminismos comunitarios, la geografía crítica y los estudios multiespecie. Posteriormente, se abre un horizonte especulativo que permite articular estas reflexiones con desafíos metodológicos, aplicados y ético-políticos para la disciplina. Finalmente, se cierra el texto señalando las contribuciones del artículo a la psicología ambiental.

### **Modos de conocer en psicología ambiental**

Repensar la psicología ambiental desde una perspectiva crítica, situada y multiespecie requiere interrogar cómo se conoce. Los modos de conocer que han estructurado históricamente la psicología ambiental no son neutros ya que configuran sus objetos, delimitan sus preguntas y condicionan las formas de intervención que se consideran legítimas.

La psicología ambiental se ha organizado tradicionalmente en torno a la díada persona-ambiente, inscrita mayoritariamente en un paradigma positivista y antropocéntrico. Desde esta matriz, el ambiente ha sido concebido como un contexto externo, relativamente estable, frente al cual los sujetos desarrollan percepciones, actitudes y conductas observables. Si bien este enfoque permitió consolidar el campo disciplinar, también produjo importantes límites ya que invisibilizó las relaciones de poder, redujo la complejidad del habitar a variables individuales y reforzó una concepción del conocimiento pretendidamente objetiva y despolitizada (Di Masso & Castrechini, 2012).

Como ha sido señalado por diversas críticas contemporáneas, este modo de conocer tiende a privilegiar lo cuantificable, lo controlable y lo replicable, reproduciendo una concepción representacional y objetivista del conocimiento que margina experiencias situadas, conflictivas y relacionales del vínculo con los territorios (Haraway, 2016; Ingold, 2000; Latour, 1993). Desde una perspectiva crítica, estas limitaciones epistemológicas tienen consecuencias políticas concretas al dejar fuera de foco las vivencias de comunidades históricamente subalternizadas y los procesos subjetivos encarnados que emergen en contextos de despojo territorial o precarización del habitar (Harvey, 2006; Falconí Abad, 2022). De este modo se reproducen jerarquías epistémicas que refuerzan las desigualdades socioambientales existentes.

Frente a estos límites, autores como Di Masso y Dixon (2015) han propuesto formas innovadoras de tensionar la díada persona-ambiente, como la perspectiva de ensamblaje de lugar. Esta perspectiva propone una ontología relacional del espacio en psicología ambiental, entendiendo el lugar como el resultado de la articulación y permanente emergencia de propiedades espaciales (como fronteras, objetos o emplazamientos geográficos), prácticas materiales y discursivas (entendidas como patrones lingüísticos organizados socialmente). Desde ahí, los autores sugieren comprender la relación de las personas con lugares como construcciones psicológicas inestables, atravesadas por tensiones, clivajes y configuraciones permanentes.

La propuesta de Di Masso y Dixon (2015) abre un camino innovador para la psicología ambiental al tensionar sus supuestos ontológicos y epistemológicos tradicionales. A partir de este desplazamiento, resulta pertinente incorporar algunos aportes que, aun cuando no provienen estrictamente del campo de la psicología ambiental, han sido fundamentales para su renovación crítica. En particular, desarrollos provenientes de la geografía crítica y de los feminismos relacionales han ofrecido marcos conceptuales potentes para repensar la espacialidad y el habitar, los cuales han sido progresivamente rearticulados por la psicología ambiental contemporánea.

Doreen Massey (2005), desde una ontología relacional, plantea que el espacio es intrínsecamente político. No un contenedor neutral, sino una multiplicidad de trayectorias simultáneas producidas socialmente por cuerpos, grupos, fuerzas históricas, económicas y relaciones de poder, así como por subjetividades e intersubjetividades ancladas en materialidades y geografías concretas. Esta comprensión permite reconocer la coexistencia de múltiples historias y voces cuestionando la hegemonía de una única versión del mundo.

A este planteamiento se suma la noción de conocimiento situado propuesta por Donna Haraway (1988), que cuestiona la universalización del saber científico al visibilizar cómo ciertos sentidos, experiencias y formas de conocer han sido sistemáticamente deslegitimados en función de las posiciones histórico-sociales y geográficas desde las cuales se produce el conocimiento. Desde esta perspectiva, se desestabiliza el esquema clásico persona-ambiente y se habilita la porosidad de límites epistemológicos construidos a la medida de lo humano, pero que no se sostienen en la experiencia concreta del habitar, siempre relacional y situado. En continuidad con este giro, Haraway (2016) propone “permanecer con el problema”, insistiendo en la necesidad de asumir las interdependencias y responsabilidades que emergen en mundos dañados. Así, se reubica el objeto de la psicología ambiental crítica no como una entidad previa o neutral, sino como una trama situada de relaciones entre cuerpos, territorios y otras formas de vida que co-constituyen, de manera conflictiva y compartida, el mundo habitado.

Este desplazamiento dialoga de manera fértil con perspectivas latinoamericanas decoloniales, desde las cuales el conocimiento se comprende como un proceso profundamente enraizado en tramas sociales, políticas, culturales e históricas (Escobar, 2008; Mignolo, 2011). Rita Segato (2015) ha señalado que la colonialidad no opera únicamente sobre los cuerpos y los espacios, sino también sobre el régimen de sentidos que define qué saberes cuentan como legítimos y cuáles son despojados de valor. Desde esta articulación crítica, el ambiente, tradicionalmente concebido como un elemento externo al sujeto, un espacio físico o un conjunto de estímulos, es resignificado como una trama relacional, histórica y política que posibilita y co-produce subjetividades en y con los territorios que habitan. En este marco, Malcom Ferdinand (2019) propone una ecología decolonial articulando la crítica a la colonialidad, al racismo y al capitalismo con la cuestión ecológica, mostrando que la crisis ambiental no puede separarse de las violencias históricas que han configurado los territorios y los regímenes de conocimiento de la modernidad.

Este giro relacional y decolonial tiene implicancias directas para los modos en que la psicología ambiental investiga y produce saber. Las preocupaciones en torno a la sobrerepresentación de enfoques

cuantitativos en la psicología ambiental han reactivado un debate crítico sobre los modos de conocer que predominan en el campo (Bercht et al., 2024; Ratcliffe et al., 2024). Más allá de una oposición simplista entre lo cuantitativo y lo cualitativo, diversidad de autoras y autores han insistido en la necesidad de atender a los fundamentos onto-epistemológicos y a las implicancias políticas de cada paradigma de investigación (Di Masso et al., 2014; Manzo & Pinto de Carvalho, 2020; Pinto de Carvalho, Berroeta et al., 2025; Pinto de Carvalho, Palomo-Vélez et al., 2025). En este sentido, se ha propuesto comprender la psicología ambiental como un campo epistemológicamente plural, en el que conviven enfoques múltiples orientados a comprender las relaciones persona-lugar como producciones sociales, históricas y contextualmente situadas. Esta posición de pluralismo crítico reconoce que el conocimiento se construye desde marcos situados, dialogales y reflexivos, donde la investigación no describe la realidad, también la interpela y transforma.

En este marco, los enfoques cualitativos contemporáneos en psicología ambiental se han visto fuertemente influenciados por el llamado giro espacial y del movimiento en las ciencias sociales que desplaza la atención desde la representación cognitiva del espacio hacia las experiencias encarnadas, sensoriales y relacionales del habitar. Metodologías móviles y situadas, como entrevistas caminando, mapeos colectivos, técnicas visuales y participativas (e.g. Berroeta & Vidal, 2012; Berroeta, 2025; Di Masso et al., 2021; Pellicer et al., 2012; Pinto de Carvalho et al., 2023, Pinto de Carvalho, Berroeta et al., 2025; Pinto de Carvalho, Palomo-Vélez et al., 2025; Pradillo-Caimari et al., 2025; Ramírez et al., 2023; Ropert et al. 2022; Solano-Molina et al., 2024; Squella, 2021; Ulloa, 2025) permiten comprender cómo los significados del lugar emergen en el tránsito, en la interacción con materialidades, memorias, afectos y otros cuerpos humanos y más-que-humanos. Desde esta perspectiva, el conocimiento se concibe como una co-producción situada que articula epistemología, ética y política, y que inscribe a la psicología ambiental en una tradición de investigación comprometida con la justicia socioambiental y la transformación de los territorios.

Estas metodologías adquieren centralidad en el presente trabajo por ofrecer claves iniciales sobre el desplazamiento epistemológico que aquí se propone. Al situar el conocer en el movimiento, la corporalidad y la relación con los territorios, estos enfoques permiten desestabilizar las jerarquías metodológicas tradicionales y hacer visibles dimensiones del habitar afectivas, sensoriales, relacionales y más-que-humanas, que permanecen opacas en diseños centrados exclusivamente en la representación cognitiva o la medición de variables. No obstante, lejos de constituir un repertorio cerrado, estas aproximaciones abren la necesidad de seguir explorando e innovando metodológicamente, con el fin de profundizar formas de investigación capaces de articular de manera situada epistemología, ética y política, y de responder a los desafíos socioambientales contemporáneos desde una psicología ambiental crítica, comprometida con la justicia socioambiental.

### **Del ambiente sociofísico a una interdependencia compartida**

Los modos de conocer que han estructurado la psicología ambiental han delimitado la manera en que el propio concepto de ambiente ha sido históricamente definido. Interrogar los supuestos epistemológicos de la disciplina conduce, inevitablemente, a revisar sus categorías fundantes. En este

sentido, repensar la psicología ambiental desde una perspectiva crítica y situada exige comenzar por ¿qué se entiende por “ambiente” cuando se habla de relaciones persona-ambiente?

De manera predominante, el ambiente ha sido conceptualizado como un espacio físico, geográfico o sociofísico externo al sujeto: un entorno que rodea, condiciona o influye en la experiencia humana. Esta formulación, aun cuando reconoce la importancia del contexto, mantiene una separación ontológica entre quien habita y aquello que es habitado. El ambiente aparece como un fondo relativamente pasivo, un escenario que puede ser descrito, medido o intervenido, pero que rara vez es pensado como un agente vivo en la producción de subjetividad.

Diversas críticas contemporáneas han señalado que esta noción de ambiente contribuye a reforzar una visión antropocéntrica del mundo, en la que los seres humanos ocupan el centro del análisis, mientras que otras formas de vida quedan subsumidas bajo la categoría de “entorno”. Esta forma de nombrar transforma a la multiplicidad de seres, ritmos y materialidades del mundo en “ambiente humano”, neutralizando su heterogeneidad y relegando lo más-que-humano a un telón de fondo funcional. Desde esta lógica, los humanos aparecen como los únicos sujetos plenos, mientras que el resto del mundo se convierte en recurso, paisaje o contexto.

Frente a este límite, Abram (2010) problematiza la categorización de ambiente como “un” espacio-lugar-hábitat que neutraliza una diversidad heterogénea y emergente de tantas otras formas, vidas y sensibilidades. Según el autor, los humanos son seres animales que no solo se vinculan con el ambiente, o que son una parte de este, sino que están profundamente entrelazados con un cuerpo ecológico mayor que excede a lo humano. Abram (2010) enfatiza en la idea de “interdependencia compartida” e “identidad eco-cultural”, proponiendo recuperar una visión más encarnada y relacional del mundo, donde los humanos sean entendidos como participantes activos dentro de un ecosistema dinámico, vivo y, sobre todo, más-que-humano. De este modo, el autor defiende que la identidad humana es esencialmente eco-cultural, es decir, entidades y cuerpos interrelacionados, moldeada por la geografía, el clima, la fauna, la flora y las narrativas culturales que han surgido en cada territorio.

El trabajo de Marisol De la Cadena (2019) también invita a profundizar en esta noción de ambiente, al cuestionar qué sucede si la división entre naturaleza (lugar que se habita) y humanidad (persona que habita) es insuficiente para clasificar y abordar estos conceptos, en tanto, no son solo eso. ¿Qué sucede si la clasificación epistémica y ontológica que se utiliza en psicología ambiental para definir “nuestros” mundos crea una invalidación o ausencia de la posibilidad de multiplicidad de mundos?

De la Cadena y Blaser (2018) proponen la noción de mundo-de-muchos-mundos o pluriversos; lo definen como mundos heterogéneos, multiespecies que se entrelazan como una ecología política de prácticas, negociando su difícil coexistencia en la heterogeneidad. Mundos divergentes, seres y relaciones que en sus prácticas exceden a la dicotomía humano/naturaleza o persona/lugar, y que, dentro de un paradigma hegemónico dualista y antropocéntrico, han quedado invisibilizados y anulados en su capacidad de hacedores-de-mundo. Eso es lo que la autora llama “Anthropo-not-seen” (De la Cadena, 2019), mundos y seres que, en su exceso y emergencia, quedan no-escuchados, no-vistos, no-sentidos,

no-sabidos. Esta ocupación ontológica, colonial y contemporánea de los territorios es lo que llama el mundo Un-mundo: en que se ha otorgado el derecho de asimilar otros mundos, se presenta a sí mismo como exclusivo y cancela cualquier posibilidad que va más allá de sus límites (Law, 2015).

De la Cadena (2019) también invita a reflexionar sobre la noción de “nosotros” que tanto se utiliza para demarcar el límite entre el habitante/humano y el territorio o lugar que se habita. Según la autora, en el pluriverso, esta noción se complejiza, en tanto se abre la posibilidad de un “nosotros complejo” (De la Cadena, 2019), como una condición compartida de la cual emergen el “yo” y el “otro”, de manera relacional, entrelazada y multiespecie: “nosotros” somos multiespecie.

Así, el llamado del feminismo crítico a pensar la naturaleza humana como una relación interespecie, pone énfasis en el entrelazamiento y la multiplicidad, desplazando y descentrando el *Anthropos* y reconceptualizando la relación entre estas dos categorías: especie y humano. Esta propuesta de replanteamiento del “nosotros”, desde un reconocimiento humano siendo-con entramados multiespecie, y la noción de mundos plurales, emergentes y heterogéneos aparecen como herramientas analíticas y políticas que posibilitan una apertura de nuestras categorías, conceptualizaciones y formas de generar conocimiento (mundos). Siguiendo a Puig de la Bellacasa (2017), esa es una posibilidad que necesita cuidado.

En este marco, la noción de pluriverso adquiere un papel central, refiriéndose a la coexistencia de múltiples mundos heterogéneos que no pueden ser reducidos a una única ontología moderna. Desde esta mirada, los territorios son entramados de prácticas, saberes y relaciones, humanas y más-que-humanas, que negocian constantemente su coexistencia. Pensar desde el pluriverso implica reconocer que no existe un solo modo válido de habitar, conocer o cuidar el mundo. En términos epistemológicos y metodológicos, esta perspectiva exige que la psicología ambiental se abra a formas de investigación capaces de acoger dicha multiplicidad. El pluriverso opera aquí como un criterio que orienta el diseño de dispositivos sensibles que reconocen agencias no humanas y saberes territoriales. De este modo, el ambiente es campo relacional en el que el conocimiento se produce de manera situada y comprometida.

En los apartados siguientes, esta reconceptualización del ambiente y del habitar se despliega a partir de tres dimensiones analíticas interconectadas: habitar-me, que sitúa el cuerpo como primer territorio y lugar de inscripción sensible de la experiencia; habitar-nos, la cual enfatiza los entramados relacionales, comunitarios e interseccionales que configuran la vida en común; y co-habitar, que propone una ética multiespecie basada en la interdependencia y el cuidado compartido. Estas dimensiones no constituyen niveles jerárquicos ni etapas sucesivas, sino un entramado dinámico que permite traducir el giro conceptual aquí propuesto en una lectura situada de las subjetividades, los territorios y las prácticas de co-existencia.

Desde esta lógica relacional, la Figura 1 opera como una síntesis visual del marco propuesto; busca expresar el carácter vivo, circular y entrelazado del habitar como práctica situada. La composición alude a un tejido relacional en el que el cuerpo se articula con vínculos comunitarios, memorias territoriales y relaciones multiespecie que sostienen la vida, ilustrando un ejercicio de pensamiento situado, abierto al movimiento y a la transformación.

Figura 1.  
*Habitar como entramado: interdependencia compartida*



*Nota.* Ilustración original elaborada por Elisa Tironi Rodó, coautora del artículo.

---

## **Habitar-me: subjetividades que habitan y el cuerpo-territorio**

El desplazamiento desde una noción de ambiente sociofísico hacia la interdependencia compartida implica, necesariamente, reconsiderar el lugar del cuerpo en la producción de conocimiento y en la comprensión del habitar. Si el ambiente deja de ser una exterioridad pasiva y se entiende como una trama relacional viva, el cuerpo no puede seguir siendo concebido únicamente como un receptor de estímulos o como un soporte biológico de la cognición. Por el contrario, el cuerpo emerge como el primer territorio de experiencia, desde el cual se sienten, se significan y se disputan las relaciones con los lugares que se habitan.

Así, frente a la posibilidad de una psicología ambiental crítica, situada y multiespecie, vuelve la interrogante con respecto a lo humano, a cómo habitamos, cómo nos habita (el lugar-ambiente) y cómo nos habitamos. Frente a estas exploraciones e interrogantes, aquí se propone reflexionar sobre el cuerpo y sus relaciones con los territorios.

Según Abram (1996), los humanos son seres animales y sus cuerpos sintientes se entrelazan, se permean y ensamblan interacciones con el mundo: saborean, huelen, escuchan, tocan y sienten el mundo. Esta noción invita a pensar a los seres humanos como seres -y cuerpos- imbricados constitutivamente en un entramado ecológico relacional. Barad (2007) propone el término *intra-acción* para reemplazar la noción tradicional de “interacción”. Mientras que interacción supone que hay entidades separadas que se relacionan entre sí, la *intra-acción* sugiere que las entidades no existen previamente a su relación, es decir, los cuerpos, humanos y no humanos, emergen a través de relaciones dinámicas y materiales con el mundo. De este modo, para la autora somos cuerpos vivos que se constituyen y se transforman en la interacción con otros cuerpos, mundos, relaciones, enunciaciones.

En el contexto latinoamericano, esta relectura del cuerpo adquiere una densidad política particular a través de la noción de cuerpo-territorio, propuesta originalmente por los feminismos comunitarios y decoloniales en Guatemala y Bolivia. Desde esta perspectiva, el cuerpo es un territorio histórico y político, marcado por violencias coloniales, patriarcales y extractivistas, pero también por memorias, resistencias y prácticas de cuidado.

Concebir el cuerpo como territorio implica asumir que las experiencias subjetivas del habitar (el apego, el desarraigo, el miedo, el cuidado, el dolor o la pertenencia) no se alojan únicamente en la mente, sino que se inscriben corporalmente y se entrelazan con los lugares vividos. Este enfoque enfatiza en el poder de la corporeidad al mismo tiempo como objeto de ejercicio del poder y como sujeto (corporificado) de resistencia (Haesbaert, 2020). La noción de cuerpo territorializado comprende los cuerpos como territorios vivos e históricos, habitado por heridas, memorias, deseos y, al mismo tiempo, invita a mirar a los territorios como cuerpos sociales que están integrados a la red de la vida (Cruz, 2016). Como mencionan las mujeres del Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (2017), “el cuerpo como nuestro primer territorio, y al territorio lo reconocemos en nuestros cuerpos”, así el cuerpo como un territorio-lugar que alberga y vivencia emociones, sensaciones y percepciones junto al territorio-tierra que lo constituye.

Marchese (2020) hace alusión al cuerpo, sobre todo de las mujeres, configurado históricamente como un territorio político, como espacio de acumulación y extractivismo capitalista, colonial y patriarcal. Así, enmarca el concepto de cuerpo como ensamblaje territorial: como un territorio político compuesto por muchos otros territorios que lo producen y constituyen, en los cuales existen relaciones de poder y también de liberación; reconocer al cuerpo como ensamblaje tanto histórico como emergente y, como menciona Cabnal (2019), como “primer lugar de enunciación”; es decir, un lugar que posibilita sanar, recuperar y reivindicar la alegría.

Esta articulación permite cuestionar aquellos paradigmas generadores de un-mundo, y sus implicancias en el cuerpo como categoría unívoca, invisibilizando la diversidad y heterogeneidad de sensibilidades, emocionalidades y mundos que alberga “el” cuerpo. Esto se relaciona con lo mencionado por Anzaldúa (1987) y su “política corporal del conocimiento”, la cual propone al cuerpo como fuente de conocimiento, uno que surge de las emociones, de la intuición, de la experiencia vivida, y de las memorias encarnadas. Esta postura política desafía las formas hegemónicas y positivistas de saber. Desde una psicología ambiental crítica, esta perspectiva permite reconfigurar la noción de subjetividad. El habitar-me se refiere a una subjetividad encarnada, producida en relación con paisajes, climas, materialidades, memorias y otros seres.

Este giro tiene implicancias epistemológicas y metodológicas relevantes. Incorporar el cuerpo como territorio de conocimiento supone privilegiar modos de investigación capaces de acoger la experiencia encarnada del habitar. Metodologías como las entrevistas caminando, los mapas corporales y otros dispositivos sensibles permiten registrar no solo lo que se dice sobre un lugar, sino también cómo se siente, se recorre y se recuerda. En estas prácticas, el conocimiento emerge del movimiento, de los afectos, de los silencios y de las interacciones con materialidades y seres más-que-humanos, desplazando la primacía de la representación verbal abstracta.

En este sentido, habitar-me se constituye como el punto de partida desde el cual se hacen visibles las relaciones de poder, las marcas históricas y las posibilidades de transformación que atraviesan los cuerpos. Reconocer el cuerpo como primer territorio no significa clausurar el análisis en la experiencia personal, es una invitación a abrirlo hacia los entramados relacionales que la constituyen. Desde aquí, se vuelve posible avanzar hacia una comprensión del habitar como experiencia compartida, interseccional y política, cuestión que se desarrolla en el apartado siguiente a través de la noción de habitar-nos.

### **Habitarnos en relación: cuerpos subalternizados y entramados de resistencia**

Si habitar-me sitúa el cuerpo como primer territorio de experiencia y conocimiento, habitar-nos permite comprender cómo esas corporalidades se configuran siempre en relación con otros cuerpos, historias y posiciones sociales. El habitar es un proceso profundamente relacional, atravesado por vínculos afectivos, jerarquías de poder y condiciones materiales que se inscriben simultáneamente en los cuerpos y en los territorios. En este sentido, el nosotros se refiere a un entramado situado de relaciones desiguales, en permanente negociación y disputa.

Desde una psicología ambiental crítica, habitar-nos implica reconocer que las experiencias del espacio están estructuradas por matrices de poder como el género, la edad, la racialización, la clase y la colonialidad. Estas dimensiones no operan de manera aditiva, sino interseccional, produciendo formas específicas de inclusión, exclusión y vulnerabilidad territorial. Así, los lugares no se viven de igual manera por todas las personas: se habitan desde cuerpos diferenciados, cuyas posibilidades de moverse, permanecer, cuidar o resistir están condicionadas por posiciones sociales históricamente construidas.

A partir de lo anterior, se busca poner al centro las presencias de cuerpos, subjetividades y formas de vida que han sido sistemáticamente invisibilizadas en la psicología ambiental. En este artículo se alude a las niñeces, al género y a las corporalidades étnico-raciales, y se busca reconocer estas existencias y posicionarlas como categorías políticas y emancipadoras, capaces de contribuir a la transformación del tejido social desde una ética del reconocimiento y la justicia socioambiental. Cabe señalar que no se pretende la exhaustividad en las categorías aquí presentadas, sino que se proponen algunos ejemplos que permiten visibilizar modos de existencia frecuentemente marginados y desde los cuales se hace posible reimaginar la psicología ambiental en clave crítica y situada.

### **Habitarnos desde las niñeces**

Habitarnos con las niñeces<sup>1</sup> (incluyendo también a las juventudes), implica resistir a una sociedad adultocéntrica cuyas lógicas espaciales tienden a excluirlas de los lugares que habitan. Frente a esta exclusión, las niñeces interpelan como colectivo social, exigiendo “queremos lugares para jugar”. Esta demanda abre la posibilidad de espacios de apropiación desde sus propios lenguajes: el juego, el arte y el deporte.

Aquí se propone repensar el binomio “niña/o y adulta/o” y sus jerarquías, que contraponen una figura adulta racional, madura y autónoma frente a una niñez supuestamente inmadura y dependiente. Este esquema limita el reconocimiento de la niñez como agencia social plena. Con inspiración en una perspectiva crítica y situada, se entienden las niñeces como sujetos sociales con capacidades diversas y agencia en su entorno (Pérez-Uribe & Berroeta, 2024). Ellas y ellos habitan e interpretan el mundo, construyen relaciones intra e intergeneracionales que desafían las narrativas dominantes de dependencia.

Las formas en que las niñeces habitan las ciudades y el espacio público es un campo de interés reciente. Según Tonucci (2015), el espacio público es una instancia formativa esencial, donde niñas y niños expresan ideas, construyen relaciones sociales, generan lazos afectivos y afirman sus propias identidades. Su movilidad urbana se articula principalmente entre el hogar, la escuela y el parque, y está profundamente mediada por la supervisión parental, la percepción de seguridad, la valoración de la protección y los condicionamientos de género (Fuentealba et al., 2022; Silva & Silva, 2021).

Son escasas las iniciativas que vinculan participación infantil, diseño urbano, derecho a la ciudad y al espacio público. Se trata de un terreno aun escasamente explorado, donde las niñeces enfrentan

---

<sup>1</sup> Conlleva la noción de infancias y juventudes, como una categoría social plural y heterogénea, entrelazadas por opresiones asociadas a la edad, género y clase social.

exclusión, estigmatización territorial, escasez de espacios adecuados y una falta de reconocimiento de su agencia (Catalán, 2024; Duarte, 2013; Rivas & Terra, 2024). En contextos de marginalidad urbana, estas exclusiones producen rupturas en la relación persona-lugar, afectan la movilidad y el sentido de pertenencia de niñas y niños que han vivido la mayor parte de sus vidas en barrios excluidos (Ropert, & Di Masso, 2020).

Las transformaciones sociales, ambientales y tecnológicas de las ciudades, han generado que las niñas sean beneficiarias pasivas de las decisiones de planificación de espacios verdes. Si bien asisten a los espacios de juego y muestran actitudes proambientales respecto al cuidado de estas áreas (Casillas-Zapata & Adame-Rivera, 2024; Dominiak-Szymańska et al., 2024), su participación rara vez se integra en las decisiones que afectan esos lugares. Sin embargo, diversos estudios muestran que las niñas establecen conexiones significativas con la naturaleza y los seres vivos (por ejemplo, animales y árboles), generando vínculos afectivos que son clave para la reapropiación social de los espacios que habitan.

En este marco, el habitar con las niñas incluye también su relación con la naturaleza (Duron-Ramos et al., 2020) y con los animales de compañía, con quienes establecen conexiones interpersonales e interespecie que las integran a sus espacios de vida cotidiana e íntima (Pavez-Soto et al., 2025). Habitar con las niñas implica no solo garantizar su presencia en la ciudad, pero también abrirse a sus modos de sentir, imaginar y transformar los espacios compartidos.

### **Habitarnos desde el género**

Habitarnos desde el género supone subvertir las lógicas espaciales patriarcales que han configurado las ciudades y vidas desde una perspectiva excluyente, androcéntrica y capitalista. Los espacios están cargados de normas, jerarquías y violencias que reproducen desigualdades estructurales basadas en el género, la raza, la clase y la funcionalidad. El *Collectiu Punt 6* (2019) invita a pensar en la vida cotidiana como unidad de análisis y acción urbana, visibilizando cómo las mujeres y disidencias, y especialmente aquellas atravesadas por múltiples opresiones, han sido históricamente excluidas del derecho pleno a la ciudad.

Habitarnos desde el género implica poner en el centro los cuidados, las redes comunitarias, las vivencias diversas de los cuerpos no normativos y construir territorios que reconozcan la interdependencia y la ecodependencia como condiciones estructurantes de lo humano. Significa reconocer el conocimiento situado de quienes transitan la ciudad desde la doble o triple jornada, desde la inseguridad y la exclusión simbólica o material, y transformar esa experiencia en criterio para diseñar espacios más justos. Lejos de una perspectiva asistencialista, problematizar el género se alza como una herramienta política radical que interpela tanto al diseño como a la gestión del territorio y que exige una redistribución real del poder espacial, simbólico y afectivo. Habitarnos desde el género, entonces, es una práctica de transformación estructural, de justicia territorial y de insurgencia cotidiana.

Diversas autoras (e.g. Pérez & Gregorio, 2020; Soto, 2013) han realizado contribuciones fundamentales desde una perspectiva interseccional para evidenciar cómo las desigualdades de género se inscriben en el espacio urbano. Este espacio es representado como un lugar masculinizado y peligroso donde las mujeres y disidencias despliegan resistencias cotidianas que trazan un paisaje emocional propio

---

en la ciudad (Czytajlo & Llomparte, 2023). En particular, las mujeres que han migrado configuran su movilidad cotidiana en función de múltiples condicionantes: las labores (re)productivas, la experiencia de las corporalidades, la condición socioeconómica, el tiempo habitando el barrio, las redes comunitarias, entre otros. A pesar de las múltiples formas de precarización, estas mujeres resignifican el espacio público, a través de prácticas de resistencia, apropiación y cuidado (Buchely et al., 2021, Salazar, 2021).

Aunado a ello, el papel de las mujeres en contextos de conflictos socioambientales invita a repensar cómo los desastres afectan de manera diferenciada y desigual. Las mujeres son frecuentemente las más afectadas, pero también quienes protagonizan procesos de organización barrial y defensa territorial (Bolados & Sánchez, 2017). Una contribución en psicología ambiental para pensar el habitar desde el género es el estudio de Pinto de Carvalho et al. (2023), que explora los procesos de deshacer hogar vividos por mujeres desplazadas tras la erupción del volcán Chaitén. El artículo visibiliza cómo los cuerpos de estas mujeres encarnan tensiones profundas entre vínculos afectivos, territorios transformados y políticas de reasentamiento marcadas por el orden neoliberal, patriarcal y colonial. La investigación muestra cómo las mujeres expresan malestares psicosociales vinculados a la desvinculación territorial, la precarización del habitar urbano y la violencia simbólica de las políticas habitacionales que invisibilizan el cuidado y los vínculos multiespecie.

Desde una perspectiva interseccional, los desplazamientos forzados también revelan efectos de género específicos. Según Linz y Soto (2022), las mujeres racializadas enfrentan desplazamientos marcados por discriminaciones cruzadas. Un ejemplo revelador es el de San Basilio de Palenque (Colombia), donde las mujeres racializadas experimentan discriminación racial y sexista, y resignifican sus cuerpos y resistencias mediante prácticas como el tranzado y el peinado colectivo, las cuales funcionan como formas de afirmación identitaria, cuidado mutuo y resistencia (Ángulo, 2018). También, en contextos de desplazamiento en Brasil, por ejemplo, las mujeres tienden a ocupar espacios excluidos de urbanización y categorizados como inapropiados para vivir, como la orilla de arroyos y terrenos no aptos, lo que incrementa su exposición al riesgo (Calderón et al., 2021).

Estos ejemplos evidencian cómo el género se entrelaza con otras dimensiones de la experiencia social, como la racialización, la clase y la territorialidad, configurando desigualdades múltiples que afectan la manera en que los cuerpos habitan, se mueven y resisten en el espacio. Desde una perspectiva interseccional, el habitar desde el género no puede comprenderse sin considerar las dimensiones coloniales y raciales que producen jerarquías espaciales y simbólicas en nuestras ciudades y territorios. Por ello, a continuación, se aborda el habitar racializado como una dimensión clave para comprender las violencias históricas y estructurales que afectan a los cuerpos, pero también las formas de resistencia, anclaje territorial y defensa comunitaria que emergen desde sus prácticas cotidianas y saberes situados.

### **Habitarnos desde cuerpos racializados**

Los cuerpos racializados enfrentan formas específicas de despojo territorial y racismo ambiental que impactan directamente en su bienestar psicosocial. Para pueblos indígenas, comunidades quilombolas, campesinas o ribereñas, el territorio es una condición vital que articula identidad, memoria, espiritualidad

y cuidado colectivo. Cuando estos territorios son amenazados por proyectos extractivistas o por políticas de desarrollo excluyentes, lo que se fractura no es solo el espacio físico, sino el entramado relacional que sostiene la vida comunitaria. Desde esta perspectiva, habitar-nos implica reconocer el carácter político del vínculo con el territorio y la necesidad de una psicología ambiental comprometida con la justicia epistémica y territorial.

Desde la colonialidad, la epistemología hegemónica ha producido jerarquías que subalternan saberes afrocentrados, indígenas y campesinos, negando su potencia cosmológica como fuentes legítimas de conocimiento. No obstante, son pueblos y comunidades que no se limitan a resistir la devastación socioambiental y epistémica del capitalismo, creando y sosteniendo activamente otras formas de estar, conocer y habitar el mundo, ancladas en relaciones de reciprocidad, cuidado y continuidad vital (Brum, 2024). Sus saberes son encarnados, territoriales, multigeneracionales y relacionales, y por ello desafían la lógica moderna que separa naturaleza y cultura, cuerpo y territorio, conocimiento y afecto (Krenak, 2019; Little, 2004; Luders et al., 2022). Son grupos sociales que desarrollan modos de vida, organización social, prácticas culturales y conocimientos propios, profundamente ligados a sus territorios y a relaciones simbióticas con el entorno natural. Estos pueblos y comunidades se caracterizan por formas de subsistencia no predatorias (como la pesca artesanal, la agricultura familiar, el extractivismo sustentable o el manejo colectivo de recursos) y por cosmovisiones que integran espiritualidad, cuidado colectivo y transmisión oral del conocimiento.

Pueblos y comunidades tradicionales usualmente habitan en tensión constante con proyectos extractivistas o desarrollistas, tornándose territorios de lucha y a la vez de alternativa civilizatoria (Diniz et al., 2025). Reconocer su agencia política, epistémica y ecológica es fundamental para avanzar hacia horizontes de justicia social multiespecie y justicia territorial. En este marco, los pueblos y comunidades tradicionales encarnan una ontología relacional que desborda los dualismos modernos, expresando un modo de habitar el mundo desde la interdependencia con el territorio, los ciclos de la naturaleza, las memorias del linaje y una ética del cuidado colectivo.

Lejos de una lógica extractivista, el cotidiano de comunidades tradicionales está entretejido por prácticas que vinculan el trabajo, el descanso, la espiritualidad y la alimentación como dimensiones integradas de la salud comunitaria (Bispo dos Santos, 2023). El mangle, el río, la mata, no son “recursos” ni “ambientes”, son parientes con los que se tejen relaciones de reciprocidad y sostén (Brum, 2024). Cuando esos territorios son amenazados por megaproyectos, monocultivos o desposesión legal, lo que se fractura además del espacio físico, es también la posibilidad misma de sostener una vida en común.

En ese sentido, la psicología ambiental que dialoga con pueblos y comunidades tradicionales no puede ser neutral ni desarraigada, debe posicionarse desde una ética de co-responsabilidad que reconozca el racismo ambiental (Bullard, 1993) como determinante psicosocial y el territorio como dimensión terapéutica, política y espiritual (Conselho Federal de Psicologia, 2019). Escuchar las voces tradicionales es una necesidad epistémica para imaginar mundos donde la justicia social y ambiental se entrelacen en clave étnico-racial, multiespecie y territorial.

---

Como recuerdan Ramos y Tironi (2023), desde el sur global emergen cosmologías de conocimiento que no separan naturaleza y cultura, cuerpo y territorio, salud y relacionalidad. Desde allí, habitar nos como cuerpos racializados es también reensamblarnos interseccionalmente como sujetos tejidos por memorias coloniales, geografías de despojo y prácticas cotidianas de cuidado ancestral. Es reconocer que la justicia social multiespecie no puede realizarse sin justicia epistémica, territorial y racial.

En términos analíticos, habitar-nos permite comprender el habitar como una práctica situada de co-producción social del espacio, donde los vínculos entre cuerpos, memorias y materialidades se entrelazan con estructuras de poder. Esta mirada desplaza la idea de comunidad como unidad armónica, y reconoce, en cambio, su carácter conflictivo, diverso y dinámico. El nosotros se construye en la tensión entre cuidado y violencia, pertenencia y exclusión, arraigo y despojo, y es precisamente en esa tensión donde emergen posibilidades de transformación.

En suma, habitar-nos nombra el pasaje desde la experiencia corporal singular hacia los entramados sociales y políticos que la constituyen. Desde aquí, se abre la posibilidad de ampliar el análisis hacia formas de convivencia que exceden lo humano, incorporando explícitamente a otros seres y materialidades que participan en la producción del mundo compartido. Esta apertura es desarrollada en el apartado siguiente a través de la noción de co-habitar.

### **Co-habitar multiespecie**

Las dimensiones de habitar-me y habitar-nos permiten comprender el habitar como una experiencia encarnada y relacional, atravesada por desigualdades, memorias y vínculos sociales. Sin embargo, estas dimensiones resultan insuficientes si se mantiene el análisis circunscrito exclusivamente a lo humano. Co-habitar multiespecie nombra, precisamente, el desplazamiento que permite reconocer que la vida humana se sostiene en una red densa de interdependencias con otros seres vivos, materialidades y procesos ecológicos, cuya agencia ha sido históricamente invisibilizada en la psicología ambiental. Co-habitar multiespecie supone abandonar la ficción de la excepcionalidad humana (Tsing, 2023) para comprendernos como parte de una red densa de interdependencias, afectivas, ecológicas, simbólicas que sostienen la vida en el planeta. Esta perspectiva invita a construir vínculos desde la responsabilidad relacional, donde cuidar no es una acción unidireccional, sino una práctica de cohabitación sensible con suelos, semillas, insectos, cuerpos de agua, hongos, aves, bacterias y otros agentes más-que-humanos.

Co-habitar multiespecie es también cuestionar los modos extractivistas, utilitarios y domesticadores que han configurado la modernidad colonial, proponiendo en su lugar formas de vida que escuchen y aprendan de los tiempos de la naturaleza, de las espiritualidades territoriales y de los saberes ancestrales. Desde la psicología ambiental crítica, esto implica adoptar una perspectiva holística e integral que considere las interconexiones entre lo natural y lo social. Por tanto, pensar la salud como un equilibrio ecosistémico compartido conformado por vínculos colectivos y territoriales.

Esta comprensión del habitar como práctica radicalmente relacional que entrelaza cuerpos humanos y más-que-humanos, memorias territoriales y ecologías afectivas, plantea seguir ensayando

nuevas formas de pensamiento, investigación y acción. Reconocer la vida como una red interdependiente desafía a imaginar futuros más allá de los marcos disciplinares heredados. Desde esta apertura, se propone un ejercicio especulativo en psicología ambiental, no como evasión utópica, sino como exploración ética, política y metodológica que permite quedarse con el problema, convivir con lo inestable, y pensar junto a aquello que todavía no tiene forma.

### **Horizontes especulativos**

Las tensiones y desafíos antes expuestos son pertinentes de cara a una reflexión y análisis de la trayectoria de la psicología ambiental crítica y las particularidades de sus pasados-presentes. Al mismo tiempo, ofrece un espacio de elaboración a posibles trayectorias. Donna Haraway propone un horizonte especulativo como una forma de pensamiento que supera los marcos racionalistas, lineales y antropocéntricos que han dominado la producción de conocimiento en Occidente. Su enfoque se nutre de la ciencia ficción, el pensamiento feminista, la biología y la filosofía política para proponer relatos que abren posibilidades. Haraway (2016) invita a “ficcional” el presente como un acto político y ético, desde una responsabilidad relacional que reconoce la interdependencia entre especies, tecnologías y territorios. En la misma línea, el líder y pensador indígena brasileño Ailton Krenak (2019) plantea que el fin del mundo ya ha ocurrido muchas veces para los pueblos indígenas, y que la verdadera tarea no es evitar ese fin, sino aprender a habitarlo con dignidad, poesía y comunidad. Así, tanto Haraway como Krenak comparten una ética de la imaginación que desarma el mito del futuro lineal y del progreso humano, y mueve a pensar con otros y desde otros lugares, descentrando al humano y abriendo paso a formas de convivencia más justas, sensibles y sostenibles.

Esta propuesta especulativa ayuda a complejizar la crítica a la psicología ambiental, cuestionando los supuestos clásicos de esta disciplina, abriéndose hacia horizontes más relacionales, situados e imaginativos. Tal como desarrollan los apartados anteriores, mientras la psicología ambiental tradicional ha tendido a centrarse en la interacción entre personas y entornos físicos desde perspectivas muchas veces funcionalistas o adaptativas, se busca una mirada que complejiza estos vínculos al introducir nociones como el pluriverso y la interdependencia interespecie. Por ejemplo, tanto Haraway (2016) como Krenak (2019) hacen llamado a “hacer parientes” y a pensar cómo la responsabilidad relacional puede inspirar una psicología ambiental que no solo observe el comportamiento humano en contextos ambientales, sino que también se comprometa con formas éticas de habitar el planeta, incorporando voces no humanas, saberes subalternos y narrativas especulativas. Desde este cruce, la psicología ambiental podría orientarse hacia una práctica política y creativa que se atreve a imaginar, y ensayar, otros futuros posibles.

### **Pluralidad de mundos que habitan (y resisten) en los márgenes**

Integrar un horizonte especulativo permite tensionar críticamente las bases de la psicología ambiental hegemónica, muchas veces anclada en una visión domesticadora, antropocéntrica, adultocentrista, heteropatriarcal y colonial del mundo. Esta crítica se articula desde una apuesta por la autonomía “junto-a”, que reconoce la interdependencia interespecie y desafía las jerarquías que subordinan cuerpos, territorios y saberes. Implica también recuperar la centralidad del cuerpo como territorio sensible, en movimiento,

---

atravesado por memorias y temporalidades múltiples, como las de las niñas, de las mujeres y disidencias y la de cuerpos racializados, cuyas experiencias han sido históricamente invisibilizadas o apropiadas.

Pensar desde lo especulativo es también corporalizar la psicología ambiental: enraizarla en lo generacional, lo afectivo, lo más-que-humano, abrirse a voces y sensibilidades que han sido excluidas. Así, se propone una psicología ambiental que recupere los vínculos a nivel colectivo, que abrace la imaginación como forma de resistencia y que se construya desde un compromiso ético con la pluralidad de mundos que habitan (y resisten en) los márgenes.

Partiendo del concepto de pluralidades de Lorena Cabnal (2019), aquí se parte de una ética y una política del conocimiento que reconoce la coexistencia de múltiples formas de saber, de sentir y de habitar el mundo. Frente a los marcos coloniales y eurocéntricos que han impuesto una visión única, lineal y universal del conocimiento, la autora propone pensar desde la pluralidad de saberes y la legitimidad de experiencias situadas, de voces históricamente silenciadas, de cuerpos racializados, feminizados y marcados por el territorio. Esta pluralidad implica asumir que hay otras racionalidades, otras espiritualidades, otras temporalidades, otros modos de vincularse con la vida y con la tierra que no pueden ser reducidos al lenguaje científico moderno.

En este sentido, hablar de pluralidades es también hablar de luchas: por el reconocimiento de saberes indígenas, campesinos, afrodescendientes, por la validación de formas de conocimiento encarnadas, intuitivas, afectivas y relacionales. Las pluralidades exigen descentralizar el sujeto del conocimiento, descolonizar la mirada y abrir espacio a formas de vida que no buscan dominar, sino convivir.

Desde una psicología ambiental crítica, las pluralidades permiten imaginar una disciplina profundamente transformada: una que no aspire a la objetividad neutra, sino a la responsabilidad situada; una que no estudie “al otro” como objeto, sino que co-construya saberes con comunidades, territorios y seres más-que-humanos. En ese sentido, las pluralidades no son una meta por alcanzar, sino una práctica permanente de apertura y escucha.

En este sentido, pensar especulativamente desde la psicología ambiental es también abrirse a la posibilidad de ensamblajes multiespecie que desplacen al humano del lugar central y lo inviten a conocer desde otros sentidos, otras pieles, otros modos de habitar. ¿Qué formas de percepción, de relación, de mundo se escapan por no ser nuestras? ¿Qué saberes emergen cuando se escucha no solo a otros humanos (e.g. pescadoras, huerteras, pueblos y comunidades tradicionales) sino también a otros seres que sienten, perciben y coexisten desde lógicas no humanas? Con inspiración de voces feministas como Lorena Cabnal, Anna Tsing, Marisol de la Cadena, Rita Segato, María Puig de la Bellacasa, Karen Barad, Donna Haraway y Gloria Anzaldúa, se abre una ética del conocimiento situada, enraizada en la pluralidad de experiencias y cosmovisiones que componen los territorios vivos.

Conocer desde lo más-que-humano no es simplemente incluirlo como objeto de estudio, es cambiar radicalmente la trayectoria de cómo conocemos: partir desde otros pluriversos, desde relaciones no instrumentales, desde preguntas que busquen transformar nuestra capacidad de co-habitar.

En este marco, la psicología ambiental no podría limitarse a estudiar la conducta o la cognición humana frente al entorno, debería comprenderse como una práctica situada de coproducción de realidades más-que-humanas. Esto implicaría un giro radical hacia investigaciones transdisciplinares, en diálogo estrecho con la biología, la ecología política, la geografía crítica y la antropología. Conceptualmente, supondría un desplazamiento desde el paradigma de la modificación de conducta ambiental hacia una ética de la responsabilidad compuesta, donde la co-agencialidad entre especies y sistemas es central. En este nuevo lenguaje, conceptos como intra-acción (Barad, 2007) y ensamblajes multiespecie (Tsing, 2023) serían clave para comprender las múltiples relaciones que nos configuran y nos sostienen.

Inspirado en lo anterior, esto implicaría diseñar proyectos y políticas públicas que no se enfoquen únicamente en la conducta individual, sino que consideren su impacto en redes ecológicas amplias: la salud de un río, la migración de aves, la regeneración de los suelos o la circulación de afectos entre cuerpos humanos y no humanos. En este marco, la formación de profesionales en psicología ambiental incluiría espacios de narrativas colaborativas como práctica ética para imaginar y soñar en conjunto con otros seres, y no solo planificar desde una perspectiva antropocéntrica de supervivencia.

### **Cuidados relacionales, recíprocos y más-que-humanos**

En lugar de sostener una lógica de control y dominio sobre la naturaleza, Haraway y Kenak invitan a pensar en la posibilidad de habitar con una forma de estar en el mundo que se basa en el cuidado relacional, ético y recíproco. Su noción de cuidado no remite a una práctica condescendiente o jerárquica, es una responsabilidad mutua entre seres y territorios, una manera de sostenerse y ser sostenidos. Desde esta perspectiva, la psicología ambiental se enfocaría en fomentar prácticas de cuidado eco-psicosocial que reconozcan y fortalezcan los vínculos entre humanos y más-que-humanos.

Los programas de intervención se transformarían en proyectos de cohabitación: crear relaciones con ecosistemas, integrar la vida de polinizadores en el diseño de espacios urbanos, y trabajar con comunidades desde la escucha activa y el respeto por sus saberes. Esto implicaría un cambio metodológico profundo, donde la participación comunitaria y la investigación se abran a narrativas locales, conocimientos ancestrales y prácticas indígenas, campesinas o afrocentradas que conciben la naturaleza como pariente. Las metodologías se enriquecerían con herramientas creativas, como el arte o el diseño especulativo, que permitan encarnar formas más sensibles y sostenibles de convivencia.

Con este cambio metodológico, la noción de “dato” se ampliaría: ya no se trataría solo de métricas cuantificables, indagaríamos también por historias multisensoriales, memorias territoriales y experiencias vividas que emergen del contacto íntimo con el entorno compuesto a su vez de múltiples seres. En ese sentido, el dato no podría ser reducido a lo que se denomina como eje reduccionista individual, ampliando hacia una perspectiva en donde las co-agencias crearán realidades que exceden el campo del dato divisible por una posición indivisible y entramada. Esta transformación metodológica permitiría reducir el antropocentrismo en la toma de decisiones, valorando las múltiples formas de vida como co-agentes en la salud mental y ambiental, y reconociendo que regenerar ecosistemas es también regenerar vínculos afectivos, comunitarios y políticos. En este marco, la psicología ambiental se posiciona como un campo comprometido con el cuidado del mundo, más allá de la mera regulación de conductas.

---

En continuidad con esta visión, se vuelve urgente situar la psicología ambiental dentro de una perspectiva de justicia social, en diálogo estrecho con los saberes del sur global. Los feminismos decoloniales (Espinosa-Miñoso, 2014; Ulloa, 2020) plantean una crítica profunda a las estructuras que sostienen las desigualdades socioambientales (colonialismo, patriarcado, racismo, adultocentrismo, extractivismo) y una apuesta por visibilizar las voces de mujeres, diversidades sexo-genéricas, niñeces, comunidades indígenas, campesinas y racializadas, que históricamente han sido silenciadas. Incorporar estas miradas implica fusionar la psicología ambiental con enfoques feministas, antirracistas y territoriales, reconociendo no solo las formas de opresión, sino también las prácticas cotidianas de resistencia que sostienen la vida en contextos de precariedad y violencia. El sujeto de estudio, entonces, se redefine radicalmente, importando también, por ejemplo los cuerpos de agua, los árboles, las especies en fuga, los suelos contaminados, las lenguas amenazadas y las memorias del territorio. Así, la psicología ambiental se convierte en una práctica profundamente situada, afectiva y política, capaz de imaginar mundos otros junto a quienes históricamente han sido excluidos del relato del futuro.

A medida que se valora la invitación de Donna Haraway a “seguir con el problema” (2016), y la de Ailton Krenak (2019) de generar “ideas para posponer el fin del mundo”, la psicología ambiental se abriría a la complejidad del mundo vivo y relacional que se habita. Este giro implicaría superar el antropocentrismo, asumiendo la interdependencia radical con todos los seres, humanos y más-que-humanos, que co-constituyen las distintas realidades. Significaría, también, construir relaciones de cuidado compartido, entendiendo que investigar y actuar son prácticas éticas de co-responsabilidad con los territorios, los cuerpos y las comunidades.

Desde esta mirada, la imaginación especulativa se vuelve una herramienta creativa como método para ensayar otras formas de vida, otros vínculos, otros futuros posibles. Esta psicología ambiental ampliada se comprometería con la justicia ecofeminista y decolonial, haciendo visibles las múltiples formas de opresión que atraviesan las relaciones socioambientales, y apostando por su transformación desde el reconocimiento de saberes, memorias y resistencias históricamente marginadas. Finalmente, operaría como un co-laboratorio transdisciplinar, donde distintos saberes (científicos, populares, artísticos, indígenas, más-que-humanos) se entrelacen para imaginar y cocrear futuros compartidos.

En este entramado de voces, territorios y saberes, la noción de justicia social multiespecie emerge como una brújula ética y política para una psicología ambiental crítica y situada. Esta justicia amplía el campo de lo justo hacia todas las formas de vida que cohabitan el planeta, reconociendo su agencia, dignidad y derecho a existir. Inspirada en prácticas ecofeministas (Herrero & Gago, 2023), saberes ancestrales y cosmologías no occidentales, la justicia multiespecie implica dismantelar jerarquías que han subordinado cuerpos, territorios y mundos no humanos al dominio de una racionalidad moderna, extractiva y antropocéntrica. Es una apuesta por cultivar relaciones de cuidado recíproco, por “hacer parientes” (Haraway, 2016; Krenak, 2019) y abrirse a la escucha de lo más-que-humano como fuente legítima de conocimiento, de afecto y de resistencia. En este sentido, la psicología ambiental deja de ser una técnica de gestión de comportamientos y se transforma en un arte relacional, en una práctica afectiva de cohabitación situada que ensaya otras formas de vida posibles. La justicia social multiespecie, entonces, no es solo un horizonte normativo, sino una práctica cotidiana de desobediencia a los relatos

únicos del progreso, que se enraíza en la pluralidad de mundos que resisten, sueñan y rehacen el futuro desde los márgenes.

Para sintetizar este recorrido y la propuesta, la Tabla 1 busca presentar los desplazamientos ontológicos, epistemológicos, metodológicos y ético-políticos que fundamentan una psicología ambiental crítica, encarnada, situada y multiespecie. Este contraste pretende abrir un campo de reflexión que posibilite reconfigurar los modos de conocer, habitar y cohabitar el mundo desde una perspectiva comprometida con la justicia social multiespecie.

Tabla 1

*Desplazamientos que fundamentan una psicología ambiental crítica, encarnada, situada y multiespecie*

	Psicología ambiental hegemónica	Psicología ambiental crítica multiespecie
Onto-epistemología	Ontología realista/representacionista, paradigma positivista y epistemología objetivista	Ontología relacional, paradigma crítico y multiespecie; epistemología situada
Ambiente	Fondo externo o entorno (socio)físico	Ambiente como pluriverso: entramado vivo, relacional, histórico y políticamente situado
Metodología	Experimental, conductual y predominantemente cuantitativo; supuesta neutralidad	Cualitativa, situada y encarnada: narrativas, caminatas, mapeos y prácticas sensibles
Sujeto de estudio	Sujeto universal y racional	Cuerpos, subjetividades y formas de vida históricamente invisibilizadas; subjetividades situadas en un entramado socio ecológico; tríada habitar-me, habitar-nos, co-habitar
Horizonte de acción	Adaptación del comportamiento individual. Conservación ambiental de “recursos naturales”	Cuidados relacionales y recíprocos; sostenimiento de la vida humana y más-que-humana en contextos de pluralidad ontológica
Posicionamiento ético-político	Apolítico, pretendidamente neutral, antropocéntrico	Justicia socioambiental y territorial; ética multiespecie e interdependencia

## Discusión

### Imaginar y practicar una psicología ambiental crítica, encarnada, situada y multiespecie

Este artículo se propuso re-pensar la psicología ambiental desde una perspectiva crítica, situada y multiespecie, interrogando tanto sus modos de conocer como sus categorías fundantes. A partir de una reflexión teórica situada y del diálogo con epistemologías feministas, decoloniales y de las humanidades ambientales, aquí se argumenta que las aproximaciones hegemónicas de la disciplina, marcadas por el antropocentrismo, el individualismo y la neutralidad pretendida resultan insuficientes para comprender y acompañar las experiencias de habitar en contextos contemporáneos de crisis socioambiental, desigualdad territorial y devastación ecológica.

---

En coherencia con el objetivo planteado en la introducción –proponer y articular otros modos de conocer en psicología ambiental desde una perspectiva crítica, situada y multiespecie–, este artículo ha desarrollado un recorrido teórico que tensiona los supuestos ontológicos, epistemológicos y ético-políticos que han estructurado históricamente el campo. A través de las nociones de habitar-me, habitar-nos y co-habitar multiespecie, se ha mostrado que la relación persona-ambiente no puede comprenderse como una interacción entre entidades separadas, sino como un entramado dinámico de cuerpos, territorios, afectos y formas de vida que se co-constituyen en contextos situados y atravesados por relaciones de poder. Desde este desplazamiento, la principal contribución del artículo consiste en ampliar el horizonte conceptual de la psicología ambiental, integrando aportes de los feminismos, el pensamiento decolonial y las perspectivas multiespecie, y proponiendo una comprensión del conocer como práctica encarnada, ética y políticamente comprometida. Con ello, se abren nuevas líneas de trabajo teórico-metodológicas y aplicadas, orientadas a la investigación situada, la intervención comunitaria y el diseño de políticas socioambientales sensibles a la pluralidad de mundos que coexisten y resisten en los territorios contemporáneos.

A lo largo del texto, se reflexiona sobre los procesos subjetivos, corporales, y relacionales del habitar, entendiendo que es precisamente en las prácticas cotidianas y encarnadas donde se tejen las posibilidades que la psicología ambiental anhela explorar. Para avanzar en este horizonte, a continuación se proponen tres vertientes interconectadas del fenómeno multidimensional de habitar que, de modo exploratorio, integran y sintetizan los principales aportes de este artículo y ofrecen una guía para futuras investigaciones.

### **Habitar-me: porque todo comienza con y desde el cuerpo**

En primer lugar, habitar-me situó el cuerpo como primer territorio de experiencia y conocimiento, reconociendo que las subjetividades se configuran de manera encarnada en relación con paisajes, memorias, afectos y materialidades. Desde la noción de cuerpo-territorio se mostró cómo las experiencias del habitar se inscriben corporalmente y están atravesadas por relaciones de poder, violencia y resistencia. Esta perspectiva permitió desplazar una concepción cognitivista de la subjetividad hacia una comprensión situada, histórica y política del vínculo con los lugares.

Así, habitar-me es una propuesta de aproximación al saber y a la práctica investigadora. Desde esta perspectiva, el cuerpo es al mismo tiempo paisaje, memoria y vínculo, y el habitar se vuelve un acto encarnado y entramado. Se afirma una epistemología encarnada que reconoce los cuerpos como territorios políticos y situados que generan conocimiento: el cómo sabemos y desde dónde lo enunciamos está inevitablemente atravesado por nuestras corporalidades y por los mundos que habitamos.

### **Habitar-nos: porque habitamos entramados con lo conocido, lo desconocido, y lo aún por conocer**

En segundo lugar, habitar-nos amplió el análisis hacia los entramados relacionales e interseccionales que configuran la vida en común. Al visibilizar las experiencias de niñeces, mujeres, disidencias y cuerpos racializados, se mostró que el habitar está estructurado por desigualdades sociales y territoriales que producen formas diferenciadas de exclusión, vulnerabilidad y agencia. Lejos de concebir la comunidad

como una unidad homogénea, esta dimensión permitió comprender el nosotros como un espacio de tensiones, disputas y cuidados, donde se producen tanto violencias como prácticas de resistencia y re-existencia.

Con inspiración por la noción de “complex we” de Marisol de la Cadena, se propone ampliar el “nosotros” hacia una multiplicidad de existencias, voces y mundos que históricamente han quedado invisibilizadas y anuladas en su capacidad de hacedores-de-mundo debido a su exceso, debido a que no entran en dualismos o categorías de un paradigma hegemónico dualista. Estos mundos que habitan en los márgenes quedan así no vistos, no escuchados, no pensados; sin embargo, es precisamente su existencia -y resistencia- lo que nos posibilita cuestionarnos y reformular nuestros “nos”. Aperturas hacia aquello incómodo que no se sabe ni se entiende, pero es precisamente ese desconocimiento lo que ofrenda una posibilidad de interrupción, escucha y observación.

Habitar-nos es también una apuesta ético-política. Esta apela a un entramado relacional y colectivo que dé cuidado y lugar (agencia, posibilidad de ser) a nuestras/os ancestras/os, los juegos de las niñeces, las voces de las juventudes, los cuerpos de las mujeres y disidencias, las periferias, las cosmologías y epistemologías de comunidades racializadas, tradicionales y pueblos originarios, entre otros.

### **Co-habítamos: porque somos multiespecies**

Finalmente, co-habitar multiespecie permitió descentrar lo humano y reconocer que la vida se sostiene en una red de interdependencias con otros seres vivos, materialidades y procesos ecológicos. Desde esta perspectiva, el ambiente dejó de ser un recurso o un contexto para convertirse en una trama viva de relaciones, lo que implicó un giro ético y ontológico para la psicología ambiental. El co-habitar operó como un horizonte que invita a asumir responsabilidades compartidas frente a la continuidad de la vida, cuestionando las lógicas extractivistas y las aproximaciones conductistas que han dominado las intervenciones ambientales.

No se trata de un habitar humano que se amplíe a lo más-que-humano, o que busque incluir a otros mundos para comprenderse a sí mismo, sino que se reconozca como un entretejido que excede a las personas: estamos siendo junto a ríos, lagos, montañas, animales, suelos, pastos, hongos, aves, polinizadores, atmósferas. El “nosotros” se complejiza en tanto se abre como condición compartida, siendo-con aquello que no somos.

Desde esta perspectiva, la psicología ambiental no puede limitarse a estudiar la conducta humana frente a un “ambiente” externo, sino que debe comprenderse como una práctica situada de co-producción de realidades en relación con una diversidad de existencias que posibilitan la propia condición de ser. Co-habitar es, entonces, asumir una ética relacional situada, encarnada y sensible a las interdependencias del mundo, donde el cuidado y la responsabilidad compartida son principios fundamentales para sostener mundos diversos y habitables.

Desde este triple horizonte: habitar-me, habitar-nos y co-habitar, se propone imaginar y practicar una psicología ambiental transdisciplinar que se enraíce en una ética feminista, anticapitalista, decolonial y multiespecie. Siguiendo a Haraway, nos invitamos a quedarnos con el problema en vez de evadirlo; a

comprometernos con lo incómodo en vez de invisibilizarlo; a sostener procesos lentos, colaborativos y afectivos. Se apuesta por un quehacer disciplinar que logre complejizar, que incomode, que desconozca y reconozca constantemente, para abrirse a otras formas de ser, saber y estar en el mundo.

Como investigadoras e investigadores, deseamos abrir grietas, generar fugas y caminos hacia nuevas perspectivas críticas. Siguiendo a Tironi et al. (2021), se apuesta por generar interrupciones: ejercitar la duda, tensionar lo establecido y visibilizar los límites y omisiones de la psicología ambiental dominante para imaginar y co-habitar futuros socialmente justos, donde lo humano no sea el centro, sino parte de un tejido vivo, común y multiespecie.

El presente artículo se desarrolla principalmente desde un enfoque teórico-crítico y especulativo, lo que constituye al mismo tiempo su principal fortaleza y una de sus limitaciones. Si bien esta aproximación permite ampliar los marcos ontológicos, epistemológicos y ético-políticos de la psicología ambiental, también implica un riesgo de abstracción si no es acompañada de procesos de traducción metodológica y empírica. En este sentido, las nociones aquí desarrolladas requieren ser exploradas y tensionadas en investigaciones situadas, estudios empíricos y prácticas de intervención concretas.

En este sentido, una proyección central de este trabajo es la necesidad de seguir explorando formas de investigación capaces de traducir estos marcos en prácticas metodológicas sensibles a los territorios, los cuerpos y las relaciones más-que-humanas. Ello supone experimentar con metodologías encarnadas, colectivas y creativas, así como acompañar procesos comunitarios y socioambientales desde una psicología ambiental que se implique éticamente en la transformación de los mundos que cohabita.

### **Conflicto de intereses**

Las autorías declaran no tener conflictos de interés.

### **Contribución de autorías**

La elaboración de este documento fue desarrollada de manera colaborativa. Laís Pinto de Carvalho participó en la conceptualización del trabajo, la definición del enfoque teórico, la redacción y la revisión crítica del manuscrito. Elisa Tironi Rodó participó en la conceptualización del trabajo, la definición del enfoque teórico, la redacción y la revisión crítica del manuscrito. Marina Araya Vera participó en la conceptualización del trabajo, la definición del enfoque teórico, la redacción y la revisión crítica del manuscrito. Esteban Silva Peñaloza participó en la conceptualización del trabajo, la definición del enfoque teórico, la redacción y la revisión crítica del manuscrito. Todas las autorías revisaron, aprobaron la versión final del documento y asumen responsabilidad por su contenido.

### **Agradecimientos**

Este artículo se enmarca en el Proyecto FONDECYT de Iniciación N.º 11250587, financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile (ANID), cuya investigadora responsable es Laís Pinto de Carvalho.

## Referencias

- Abram, D. (1996). *The spell of the sensuous: Perception and language in a more-than-human world*. Pantheon Books.
- Abram, D. (2010). *Devenir animal*. Sigilo.
- Ángulo, N. (2018). Habitar el cuerpo. Etnografía feminista desde los cuerpos de mujeres de San Basilio de Palenque. *Corpografías: Estudios críticos de y desde los cuerpos*, 5(5), 42-57. <https://doi.org/10.14483/25909398.14205>
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/ La Frontera: La nueva mestiza*. Capitán Swing Libros.
- Barad, K. (2007). *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Duke University Press.
- Bercht, A. L., Sandner Le Gall, V., Straub, J., Höffler, T. N., Bopp, J., Carstensen-Egwuom, I., Chavez-Rodriguez, L., Dittmer, C., Dünckmann, F., Eitel, K., Elster, C., Hathat, Z.-E., Hein, J., Klepp, S., Lorenz, D. F., Martin, R., Otto, L., Sarnow, M., Voss, M., ... & Werner, C. (2024). Give qualitative research the recognition it deserves. *Journal of Environmental Psychology*, 96, 102320. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2024.102320>
- Berroeta, H. (2025). Psicología Ambiental Comunitaria: Bases Conceptuales y Estrategias de Acción. En Sandoval-Díaz, J., y Mardones, R. (Eds.), *Community Environmental Psychology and Community Resilience* (pp. 47-74). Springer.
- Berroeta, H., & Vidal, T. (2012). Una propuesta Multimétodo para un Abordaje Transaccional del Espacio Público en la Escala de Barrio. *Athenea Digital*, 12(1), 209-237. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v12n1.927>
- Bispo dos Santos, A. (2023). *A terra dá, a terra quer*. Ubu Editora.
- Bolados, P., & Sánchez, A. (2017). Una ecología política feminista en construcción: El caso de las “mujeres de zonas de sacrificio en resistencia”, Región de Valparaíso, Chile. *Psicoperspectivas*, 16(2), 33-42. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol16-Issue2-fulltext-977>
- Brum, E. (2024). *La Amazonia: Viaje al centro del mundo*. Editorial Salamandra.
- Buchely, L., Castro, M., Arias-Arevalo, S., & Pinzon, M. (2021). La movilidad urbana de las mujeres en dos ciudades colombianas: entre el trabajo de cuidado y la violencia sexual. *Revista INVI*, 36(102), pp. 109-126. <https://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/6350>
- Bullard, R. D. (1993). The threat of environmental racism. *Natural Resources & Environment*, 7(3), 23-56. <https://www.jstor.org/stable/i40041470>
- Cabnal, L. (2019). Acuerpándonos para tejer pluralidades. *Entramados: educación y sociedad*, 6(6), 9-19.
- Calderón, M., Hamann, C., & Pizzinato, A. (2021). Desplazamiento forzado en Brasil: Experiencias de mujeres atendidas por la asistencia social. *Revista de Psicología (Lima, Perú)*, 39(2). <https://doi.org/10.18800/psico.202102.013>
- Casillas-Zapata, A., & Adame-Rivera, L. (2024). Jugar en el parque para promover el cuidado ambiental en la infancia. *Revista Latinoamericana De Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 22(3), 1-23. <https://doi.org/10.11600/rllcsnj.22.3.6232>

- Catalán, M. (2024). Participación de la niñez en la planificación territorial del espacio público una revisión bibliográfica. *Anales de la Geografía de la Universidad Complutense*, 44(1), 25-37. <https://doi.org/10.5209/aguc94200>
- Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo. (2017). *Mapeando el cuerpo-territorio: Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Territorio y Feminismos.
- Collectiu Punt6. (2019). *Urbanismo feminista: Por una transformación radical de los espacios de vida*. Virus Editorial.
- Conselho Federal de Psicologia. (2019). *Referências técnicas para atuação de psicólogas(os) com povos tradicionais*. CFP.
- Cruz, D. T. (2016). Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos. *Solar: Revista de Filosofía Iberoamericana*, 12(1), 45-46.
- Czytajlo, N., & Llomparte, M. (2023). Género y paisaje: perspectivas emergentes y cartografías sociales. Experiencias desde laboratorios temáticos en Tucumán, Argentina. *Revista INVI*, 38(107), 122-150. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2023.68877>
- De la Cadena, M., & Blaser, M. (2018). *A world of many worlds*. Duke University Press.
- De la Cadena, M. (2019). An invitation to live together: Making the “Complex We”. *Environmental Humanities*, 11(2), 477-484. <https://doi.org/10.1215/22011919-7754589>
- Di Masso, A. (2025). Environmental Psychology: Power, Politics. En J. Sandoval-Díaz, y R. Mardones (Eds.), *Community Environmental Psychology and Community Resilience* (pp. 17-46). Springer.
- Di Masso, A., & Carmona, M. (2022). ¿Psicología, crítica, transformación social? Contribuciones a la politización de la experiencia y la investigación psicológicas. *Anuario de Psicología*, 52(1), 1-6. <https://doi.org/10.1344/anpsic2022.52/1.1>
- Di Masso, A., & Castrechini, A. (2012). Crítica imaginativa de la ciudad contemporánea. *Athenea Digital. Revista De Pensamiento e investigación Social*, 12(1), 3-13. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v12n1.1002>
- Di Masso, A., & Dixon, J. (2015). More than words. Place, discourse and the struggle over public space in Barcelona. *Qualitative Research in Psychology*, 12(1), 45-60. <https://doi.org/10.1080/14780887.2014.958387>
- Di Masso, A., Dixon, J., & Durrheim, K. (2014). Place attachment as discursive practice. En L. Manzo, & P. Devine-Wright (Eds.), *Place attachment: Advances in theory, methods and applications* (pp. 75-86). Routledge.
- Di Masso, A., Santoro Lamelas, V., Vivas i Elias, P., Pradillo-Caimari, C., Aleu-Barnadas, L., Berroeta, H., & Solano-Molina, R. (2025). What is so good about walking interviews? Expanding the geo-indexical virtues of making meaning on the move. *Qualitative Research in Psychology*, 22(1), 1-20. <https://doi.org/10.1080/14780887.2025.2459704>
- Diniz, R. (2021). Contribuições subversivas para uma Psicologia Ambiental insurgente e genuinamente latino-americana. En T. Mattos Farias, N. Olekszechen, & M. Araújo (Eds.), *Relaciones persona-entorno en América Latina: perspectivas críticas, territorialidades y resistencias* (pp. 57-74). Abrapso.
- Diniz, R., Durazzo, L., & Rodrigues, L. (2025). Resiliencia y fortalecimiento comunitario en comunidades pesqueras en el Nordeste de Brasil. En J. Sandoval-Díaz & R. Mardones Barrera (Eds.), *Psicología Ambiental y Resiliencia Comunitaria en Iberoamérica: una aproximación comunitaria al campo socioambiental* (pp. 207-232). Springer.

- Dominiak-Szymańska, P., Łaskiewicz, E., & Kronenberg, J. (2024). Children's participation in green space planning: a pathway to environmental justice. *Children's Geographies*, 22(6), 944-964. <https://doi.org/10.1080/14733285.2024.2418644>
- Duarte, C. (2013). Sociedades adultocéntricas: Sobre sus orígenes y reproducción. *Última Década*, 20(36), 99-125.
- Duron-Ramos, M. F., Collado, S., García-Vázquez, F. I., & Bello-Echeverría, M. (2020). The role of urban/rural environments on Mexican children's connection to nature and pro-environmental behavior. *Frontiers in Psychology*, 11. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.00514>
- Escobar, A. (2008). *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes*. Duke University Press.
- Espinosa Miñoso, Y. (2014). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *El Cotidiano*, (184), 7-12.
- Falconí Abad, M. (2022). *La epistemología feminista: una forma alternativa de generación de conocimiento y práctica*. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Ferdinand, M. (2019). *Une écologie décoloniale: Penser l'écologie depuis le monde caribéen*. Editions du Seuil.
- Fuentealba, S., Morales-Gómez, M.-C., Huerta Orellana, N., & Garrido Herrera, W. (2022). Espacios públicos y apego al lugar: Percepción de niños, niñas y adolescentes del Norte de Chile. *Revista Liminales. Escritos Sobre Psicología Y Sociedad*, 11(21), 159-183. <https://doi.org/10.54255/lim.vol11.num21.655>
- Haesbaert, R. (2020). Del cuerpo-territorio al territorio-cuerpo (de la Tierra): Contribuciones decoloniales. *Cultura y Representaciones Sociales*, 15(29), 267-301.
- Haraway, D. (2016). *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno*. Editorial Holobionte.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
- Harvey, D. (2006). *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*. Verso.
- Herrero, Y., & Gago, V. (2023). *Ecofeminismos: la sostenibilidad de la vida*. Icaria Editorial.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge
- Krenak, A. (2019). *Ideias Para Adiar o Fim do Mundo*. Companhia das Letras.
- Kühn, T., & Bobeth, S. (2022). Linking environmental psychology and critical social psychology: Theoretical considerations toward a comprehensive research agenda. *Frontiers in Psychology*, 13, 1-17. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2022.947243>
- Latour, B. (1993). *We Have Never Been Modern*. Harvard University Press
- Law, J. (2015). What's Wrong with a One-World World? *Distinktion: Scandinavian Journal of Social Theory* 16(1), 126-139.
- Linz, J., & Soto, P. (2022). Soñar con quedarse: experiencias de mujeres frente al desalojo en la Ciudad de México. *Revista INVI*, 37(104), 10-45. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2022.65649>
- Little, P. (2004). Territórios sociais e povos tradicionais no Brasil: por uma antropologia da territorialidade. *Anuário Antropológico*, 2002, 251-290.

- 
- Lloyd, S., & Gifford, R. (2024). Qualitative research and the future of environmental psychology. *Journal of Environmental Psychology*, 97, 1-11. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2024.102347>
- Luders, S., Simoes, B., & Santos, L. (2022). Psicologia, Povos Tradicionais e Perspectivas De(s) coloniais: Caminho para Outra Psicologia. *Psicologia: Ciência e Profissão*, 42, 1-14. <https://doi.org/10.1590/1982-3703003263863>
- Manzo, L. C., & Pinto De Carvalho, L. (2020). The role of qualitative approaches to place attachment. En L. C. Manzo & P. Devine-Wright (Eds.), *Place attachment: Advances in theory, methods and applications* (pp. 111-126). Routledge.
- Marchese, G. (2020). Subvertir la geopolítica de la violencia sexual: una propuesta de (contra)mapeo de nuestros cuerpos-territorio. En D. Cruz Hernández, & M. Bayón Jiménez (Coords.), *Cuerpos, territorios y feminismos: Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas* (pp. 277-302). Abya Yala.
- Mardones, R., & Berroeta, H. (2024). Psicología ambiental en América Latina: Tendencias e invisibilizaciones en la producción científica mainstream. *Revista Interamericana de Psicología*, 58(2), e1994. <https://journal.sipsych.org/index.php/IJP/article/view/1994/1153>
- Massey, D. (2005). *For space*. Sage Publications.
- Mattos, T. (2021). Ecos da acumulação primitiva: Contribuições marxistas para a análise crítica das relações pessoa-ambiente na América Latina. En T. Mattos Farias, N. Olekszechen & M. A. de M. Brito (Eds.), *Relações pessoa-ambiente na América Latina: Perspectivas críticas, territorialidades e resistências* (pp. 33-54). ABRAPSO.
- Mattos Farias, T., Olekszechen, N., & Araújo, M. (2021). *Relaciones persona-entorno en América Latina: perspectivas críticas, territorialidades y resistencias*. Abrapso.
- Mignolo, W. D. (2011). *The darker side of Western modernity: Global futures, decolonial options*. Duke University Press.
- Pavez-Soto, I., Acuña, V., Pineda, B., Salinas, S., Ortiz, J., & Dufraix, I. (2025). Mascotas y caravanas: Estrategias de movilidad en adolescentes migrantes no acompañados para ingresar a Chile. *Teoría y Praxis*, 23(46), 15-40. <https://doi.org/10.61604/typ.v23i46.456>
- Pellicer, I., Rojas, J., & Vivas-Elias, P. (2012). La deriva: una técnica de investigación psicosocial acorde con la ciudad contemporánea. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 27(44), 144-163
- Pérez-Uribe, D., & Berroeta, H. (2024). Acompañamiento psicosocial en pandemia: tensiones teórico-prácticas de un dispositivo universitario. *Revista Iberoamericana ConCiencia*, 9(2), 29-44.
- Pérez, P., & Gregorio, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista INVI*, 35(99), 1-33. <https://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/63278>
- Pinto de Carvalho, L., Berroeta, H., Silva Peñaloza, E., & Tironi Rodó, E. (2023). Entramando cuerpos, hogares y territorios: exploraciones sobre el deshacer hogar de mujeres chaiteninas. *Revista INVI*, 38(108), 15-53. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2023.69795>
- Pinto de Carvalho, L., Berroeta, H., & Lagos, M. (2025). Embodying Sentipensar: Exploring Spatiality in Qualitative Research in Psychology. *Qualitative Research in Psychology*, 22(1), 1-25. <https://doi.org/10.1080/14780887.2025.2490259>

- Pinto de Carvalho, L., Palomo-Vélez, G., Sandoval-Díaz, J., & Mardones, R. (2025). Methodological challenges in environmental psychology: from binarism to reflexivity. En J. Sandoval-Díaz, J., & R. Mardones, R. (Eds.), *Community Environmental Psychology and Community Resilience* (pp. 75-98). Springer.
- Pradillo-Caimari, C., Aleu-Barnadas, L., Balinhas, D., & Di Masso, A. (2025). The lived experience of class cleansing: reshaping sense of place in a gentrified neighbourhood, *Qualitative Research in Psychology*, 23(1), 59-86. <https://doi.org/10.1080/14780887.2024.2445511>
- Puig de la Bellacasa, M. (2017). *Matters of care: Speculative ethics in more than human worlds*. University of Minnesota Press.
- Ramírez, C. R., Di Lorio, J., & Pellicer, I. (2023). Methodological reflections in contexts of social vulnerability: Breaking the dynamics of exclusion through research with people experiencing homelessness. *Qualitative Psychology*, 10(3), 510-520. <https://doi.org/10.1037/qup0000266>
- Ramos, S., & Tironi, M. (2023). Un sol interior: Vulcanología Lickanantay en el Salar de Atacama. *Revista de Estudios Latinoamericanos sobre Reducción del Riesgo de Desastres (REDER)*, 7(2), 73-87. <https://doi.org/10.55467/reder.v7i2.125>
- Ratcliffe, E., Ogunbode, C., Wilkie, S., Jones, C. R., Devine-Wright, P., Uzzell, D., Canter, D., Korpela, K., Pinto De Carvalho, L., & Staats, H. (2024). On the importance of qualitative research in environmental psychology. *Journal of Environmental Psychology*, 93(2024), e102199. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2023.102199>
- Raymond, C. M., Manzo, L. C., Williams, D. R., Di Masso, A., & von Wirth, T. (2021). *Changing senses of place: Navigating global challenges*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108769471>
- Rivas, A., & Terra, V. (2024). Percepciones de niñas y niños sobre su hábitat en contextos urbanos informales. Valparaíso, Chile. *Sociedad e Infancias*, 8(1), 25-36. <https://doi.org/10.5209/soci.94291>
- Ropert, T., Pinto de Carvalho, L., & Pellicer, I. (2022). Micropolíticas del movimiento: aportes metodológicos desde la investigación cualitativa crítica. *Anuario de Psicología*, 52(1), 27-35. <https://doi.org/10.1344/ansic2022.52/1.4>
- Ropert, T., & Di Masso, A. (2020). Living There, Leaving There: Identity, Sociospatial Mobility, and Exclusion in “Stigmatized Neighborhoods”. *Political Psychology*, 42(1), 53-69. <https://doi.org/10.1111/pops.12682>
- Salazar, A. (2021). Experiencias de movilidad cotidiana de mujeres migrantes: explorando el barrio La Chimba desde una perspectiva feminista. *Revista INVI*, 36(102), 127-156. <https://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/63543>
- Segato, R. (2015). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Prometeo Libros.
- Silva, J., & Silva, A. (2021). Ciudad, infancia y psicología ambiental: Estudio de Caso al interior del Estado São Paulo / Brasil. *Revistarquis*, 10(2), 172-198. <https://doi.org/10.15517/ra.v10i2.44556>
- Solano-Molina, R., Berroeta, H., & Di Masso, A. (2024). Conflicto y producción de espacio público: Análisis de ensamblaje en un parque de Valparaíso. *Revista INVI*, 39(110), 83-109. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2024.67170>
- Soto, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones. En M. A. Aguilar & P. Soto (Coords.), *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 197-218). Universidad Autónoma Metropolitana.

L. PINTO, E. TIRONI, M. ARAYA Y E. SILVA

---

- Squella, R. (2021). Conflicto socioambiental, participación ciudadana y disputa territorial: La mirada de la Psicología Ambiental Comunitaria. *Psicoperspectivas*, 20(2). <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol20-issue2-fulltext-2211>
- Tironi, M., Campos-Knothe, K., Acuña, V., Isola, E., Bonelli, C., González Gálvez, M., Kelly, S., Juzam, L., Molina, F., Pereira Covarrubias, A., Rivas, R., Undurraga, B., & Valdivieso, S. (2021). Interruptions: imagining an analytical otherwise for disaster studies in Latin America. *Disaster Prevention and Management: An International Journal*, 31(3), 243-259. <https://doi.org/10.1108/dpm-03-2021-0102>.
- Tonucci, F. (2015). *La ciudad de los niños*. Ed Losada.
- Tsing, A. L. (2023). *Ensamblajes multiespecies en el Antropoceno*. Ediciones Mimesis.
- Ulloa, A. (2020). Ecología política feminista latinoamericana. En A. De Luca Zuria, E. Fosado Centeno & M. Velázquez Gutiérrez (Coords.), *Feminismo socioambiental: Revitalizando el debate desde América Latina* (pp. 75-104). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ulloa, J. (2025). Explorando las “geografías de la noche”: una metodología alternativa para investigar las experiencias en el espacio urbano nocturno. *Revista Diseño Urbano & Paisaje*, 47, 43-52.

Recibido: 24 de abril de 2025

Revisión recibida: 19 de enero de 2026

Aceptado: 16 de marzo de 2026

### Sobre las personas autoras:

**Laís Pinto de Carvalho** <sup>ID</sup> es Doctora en Psicología, académica titular en la Escuela de Psicología de la Universidad de Valparaíso e investigadora principal en el Centro de Investigación de Vulnerabilidad e Informalidad Territorial (CINVIT-UV). Actualmente, es investigadora responsable del proyecto Fondecyt de Iniciación (2025-2028): "Subjetividades climáticas en movimiento: deshacer hogar en contexto de inseguridad hídrica", financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo del Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, Chile (ANID). Temas de interés: psicología ambiental y política; geografías feministas; derecho a la vivienda, derecho a la ciudad y derechos de la naturaleza; metodologías cualitativas; políticas sociales; interdependencia socioecológica; alianzas multiespecie; interseccionalidad.

**Elisa Tironi Rodó** <sup>ID</sup> es psicóloga (PUC) e investigadora independiente. Actualmente, trabaja como psicóloga clínica infantojuvenil en comunidades rurales bajo un modelo que integra terapia de bosque y terapia asistida con caballos. A la vez, es asistente de investigación del proyecto Fondecyt de Iniciación (2025-2028): "Subjetividades climáticas en movimiento: deshacer hogar en contexto de inseguridad hídrica", financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo del Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, Chile (ANID). Temas de interés: eco-psicología; psicología ambiental; salud planetaria; relación humano-animal; vínculos humano-caballo; justicia multiespecie; estudios decoloniales; estudios posthumanos; geografías feministas; metodologías cualitativas.

**Marina Araya Vera** <sup>ID</sup> es Doctoranda en Psicología Social y de las Organizaciones por la Universidad de Barcelona (España). Becaria de Doctorado en el extranjero financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo del Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, Chile (ANID). Actualmente, es asistente de investigación del proyecto Fondecyt de Iniciación (2025-2028): "Subjetividades climáticas en movimiento: deshacer hogar en contexto de inseguridad hídrica" financiado por ANID. Temas de interés: psicología política, comunitaria y ambiental, estudios decoloniales, nuevos estudios sociales de infancia, derechos de infancia; juventudes, políticas sociales, metodologías cualitativas; participación y ciudadanía.

**Esteban Silva Peñaloza** <sup>ID</sup> es Psicólogo, Magíster en Psicología Clínica de la Universidad Andrés Bello. Docente de la Escuela de Psicología de la Universidad Andrés Bello. Actualmente, es asistente de investigación del proyecto Fondecyt de Iniciación (2025-2028): "Subjetividades climáticas en movimiento: deshacer hogar en contexto de inseguridad hídrica", financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo del Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, Chile (ANID). Temas de interés: psicología ambiental y política; epistemologías del sur; estudios decoloniales; procesos participativos; psicología socioeducacional; psicología clínica relacional.

Publicado en línea: 17 de junio de 2026